

**OBERTURA A LA CONCEPCIÓN DEL LENGUAJE ORAL EN PASAJES DE LA
OBRA DE HUMBERTO GIANNINI COMO UNA VINCULACIÓN
GENEALÓGICA CON EL “LENGUAJE MÍSTICO” EN WALTER BENJAMIN.**

ALEJANDRA I. PINTO SOFFIA

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

aleinpinto@gmail.com

RESUMEN

Se postula una reflexión y revisión de las diferencias entre el lenguaje oral y el escrito en el pensamiento de Humberto Giannini derivando a una reflexión en torno al papel que el lenguaje oral, específicamente el diálogo, tiene en la conformación del “sentido común” de la “comunidad” y cómo el lenguaje hablado es un sustento que “acumuna” lo común de la comunidad. Se continúa incorporando trazas del pensamiento de W. Benjamin para postular la dimensión “inefable” sobre la que descansa todo lenguaje. Finalmente, el texto es un pretexto para adentrarse en perspectivas más políticas del pensamiento de Humberto Giannini.

PALABRAS CLAVE: Humberto Giannini, sentido común, lenguaje oral, lenguaje escrito diálogo, comunidad, cuerpo histórico, inefable.

INTRODUCCIÓN

La diferencia entre el lenguaje oral y el lenguaje escrito es un tema que a Giannini le ocupa en varios pasajes de su obra, especialmente nuestro texto se verá remitido a la reflexión que realiza a este respecto en el libro *Metafísica Eres Tú* cuando aborda la posición que tiene el filósofo Paul Ricoeur con respecto al tema de esta diferencia, la que hay entre el lenguaje oral y el escrito.

Es inevitable reproducir las palabras con las que don Humberto se refiere al diálogo platónico Fedro:

Para remediar el olvido en que caen los seres humanos, el dios Theus ofrece al rey de la Tebas griega el don de la escritura. El monarca rehúsa, replicándole que es un regalo engañoso, pues la escritura sepulta la verdadera reminiscencia al reemplazarla mecánicamente por unos signos materiales aleja al alma más todavía del ser verdadero de las cosas (Giannini, 2007, 116).

Con ello, Giannini enraíza la visión sobre el lenguaje escrito y su diferencia con el oral a partir del énfasis en que es en el lenguaje oral, entendido como diálogo, que se dará la cierta experiencia humana del sentido. Es en esa contextualización dialógica donde el lenguaje muestra toda su potencia. El sentido como una proposición de “estructuras de ser” es una condición que nuestro Maestro propone como un inicio del pensamiento en torno al lenguaje. Oponiendo el “sentido propio” que tiene el lenguaje escrito y el “sentido común” que tiene el habla en diálogo, Giannini toma una deriva que lo llevará a una dimensión epistemológica de la que en este momento no nos interesa dar cuenta.

Nuestro ejercicio será en cierto sentido arqueológico, en la medida en que a partir de la enunciación del contraste entre su propio pensamiento y el de Ricoeur, Giannini lo que hará es desplegar en este preciso punto de la diferencia entre el lenguaje oral y escrito las bases de su pensamiento, como si se tratara de un fractal en el cual se reflejaran las líneas mayores de toda su filosofía.

GIANNINI Y RICOEUR

Ante la “volatilidad” de la oralidad, Ricoeur planteará que el verdadero hogar del discurso es la escritura. En la escritura se borran las diferencias del contexto y el lenguaje puede ser universal, abierto a la comprensión de todo aquél que “sepa leer”. El contexto histórico y social del discurso gravado en lenguaje escrito no es relevante ni tampoco está al alcance del lector contextualizado sino que es ejercicio de “humanidad” en cierto sentido “a-histórica”. En el lenguaje escrito se borra la intencionalidad que permiten imprimirle la entonación, la dicción, la mímica y los gestos “con los que el discurso se sustenta para ser comprendido. El sentido debe sustentarse en sí mismo.” (Giannini, 2007, 116). Giannini retoma el mito del diálogo platónico Fedro, puntualizando que el verdadero problema de Platón es la contraposición escritura/diálogo. Aquí en el diálogo

la palabra tiene un destinatario próximo que, por principio, está en condiciones de interpretar al sujeto emisor. Y en este sentido ni huye ni pone en juego la real comunidad de un significado, la vigencia de un mundo común. Justamente la vigencia se mantiene en virtud de la palabra hablada (Giannini, 2007, 118).

Entendemos que en el contexto del pensamiento de Humberto Giannini, la comunicación es una impronta indiscutible del lenguaje. Sin embargo, consideramos que una posición “metafísica” del lenguaje puede anclarse también en su pensamiento. En tanto sea la ejecución del diálogo como una preeminencia ontológica del sentido común lo que avala la aparición de un sentido, es posible preguntarse por aquellas características que el propio Giannini le asigna al diálogo. Dice el filósofo “(...) el evento de palabra, en cuanto evento, tiene que ver con el tiempo justo, con el tiempo oportuno. Lo que los griegos llamaban KAIROS.” (Giannini, 2007, 121). Este tiempo justo es el que permitirá la

“situación compartida” a la que accedemos gracias a un “tiempo común”, de estar “domiciliados” en lo común, en lo mismo, en lo semejante.

Apiñados unos con otros, cada uno podría seguir domiciliado en lo suyo, sin esperar nada del vecino. La proximidad real consiste en saber que se está en lo mismo, ligados por un mismo interés, por un mismo proyecto, por un mismo temor. Por algo semejante que nos pasa, en relación a algo que pasa. Este y no otro es el tiempo común, tiempo más misterioso aún que el tiempo que se extiende por todo el Universo (Giannini, 2007, 122).

En este punto, desde la reflexión que se abre a partir de este anclaje en la “situación” como configuración del “tiempo común” es que comienza a volverse importante la dimensión trascendente del lenguaje que se traduce en la propia realidad o el propio devenir, devenir de incertidumbre y “contra-tiempo” del lenguaje. En este sentido, Giannini, configura su cercanía con Heráclito como precursor de la inestabilidad, la incertidumbre y la poca fijeza del flujo de lo real, de su Devenir.

Situación es, pues, el ‘contra-tiempo’ que desarticula en alguna medida nuestra temporalidad continua, nuestra fácil identidad rutinaria, nuestros gestos habituales y nos obliga a rehacer o a reprogramar el itinerario de nuestras preocupaciones (Giannini, 2007, 123).

Este tránsito por categorías como la temporalidad compartida que vuelve “justo” o “apropiado” el ejercicio del evento “palabra” es lo que dará la oportunidad de vincular el pensamiento sobre lo inefable y cómo, a través de esta clave de lectura, es posible abrir el ejercicio hermenéutico de la obra de Giannini hacia vinculaciones inicialmente no tematizadas.

Pensamos que ha habido en el estudio del lenguaje una colonización de la visión que lo considera principalmente una forma de comunicación en contraste con lo que yo llamaría una tradición que considera al lenguaje, como todo dispositivo simbólico, una forma de expresión de contenidos que lo exceden en cuanto a semántica y sentido y que, sin embargo, lo dejan siendo la convención que es.

EL LENGUAJE DIVINO EN BENJAMIN Y GIANNINI: LA COMUNIDAD

Lo presente es un pretexto para nuestra reflexión sobre la incapacidad estructural del lenguaje de nombrar lo inefable, para ello nos acercamos a una concepción benjaminiana, sobre todo la de su texto *Sobre el lenguaje en cuanto tal y sobre el lenguaje del hombre*, en la que el nombre divino, el que Dios le ha dado a cada cosa y cada ser, es inexpugnable ante el ejercicio casi siempre retórico del lenguaje humano. Desmarcándose de una posición “burguesa” que considerará el lenguaje como “instrumento”, Benjamin presenta una argumentación en la cual el lenguaje tiene tres niveles ontológicos y jerarquizados: el primero y/o primario es el lenguaje mudo de las cosas; el segundo es la articulación que el ser humano realiza de ese lenguaje mudo de las cosas; y por último el lenguaje de la palabra divina.

La traducción del lenguaje de las cosas vertida al lenguaje de los hombres no solamente es la traducción de lo mudo en lo sonoro, sino, al tiempo, también la traducción de lo innominado en el nombre (Benjamin, 1989, 155).

Es interesante la concepción mística del lenguaje que propone Benjamin, porque existiría en el mundo de las cosas ya una forma sintáctica de formalización de lo mudo e inarticulado que descansa en el acto divino creador. Existiría cierto lenguaje metafísico y mudo de las cosas que es requisito previo para su traductibilidad en el nombre que el ser humano le da a los entes.

Al recibir el lenguaje mudo, el lenguaje sin nombre de las cosas, y transferirlo a sonidos en los nombres, el hombre va ejerciendo esta tarea. Pero esta sería irresoluble si el lenguaje de nombres propio del ser humano y el lenguaje sin nombres de las cosas no estuvieran emparentados en Dios, si no procedieran de la misma palabra creadora (Benjamin, 1989, 156).

Hay algo primario indecible en el sustrato del mundo de cosas y el mundo natural que rodea al ser humano. Ese indecible tiene que ver con una primaria vinculación con el acto de creación divino mediante la palabra. “En Dios el nombre es creador porque es palabra, y la palabra de Dios es a su vez conocedora sin duda porque es nombre” (Benjamin, 1989, 153). Que luego eso indecible sea traducido en el dar nombre que realiza el hombre es algo en lo cual la adecuación no está garantizada.

Nos interesa destacar la idea que tiene don Humberto sobre el diálogo y su relación en tanto composición de la palabra hablada.

Lo que Platón contrapone a la escritura es el diálogo. Y en el diálogo la palabra tiene un destinatario próximo que, por principio, está en condiciones de interpelar al sujeto emisor. Y en este sentido, ni huye ni pone en juego la real comunidad de un significado, la vigencia de un mundo común. Justamente, la vigencia se mantiene en virtud de la palabra hablada (Giannini, 2007, 117).

Esa vitalidad del mundo común que aporta la palabra en el diálogo es una forma de acercarse a la dimensión vital y expresiva del lenguaje en tanto forma de interactuar pero también en cuanto a la forma de expresar una posible significación que está constantemente en fuga.

Si acogemos los argumentos benjaminianos sobre el lenguaje y los conectamos con las ideas de Gianni sobre la vitalidad del diálogo y todo lo que aporta en la dimensión instituyente y constituyente de la verdad humana, podríamos suponer que el lenguaje primigenio de la divinidad en torno al nombre de las cosas se expresa más fiablemente en la palabra hablada en la medida en que el nombre es ya una codificación perentoria de la esencia primigenia del mundo de las cosas. ¿Qué implica pensar el diálogo como instituido por la vitalidad? Implica que el diálogo, que siempre estuvo tan presente en Gianni, posee una dimensión instituyente de la comunidad y que logra ser una forma de expresar eso inefable que está a la base del sentido de lo humano.

Acercándonos a la dimensión expresiva de la vitalidad en el diálogo tal como lo pensaba Gianni, no podemos dejar de reconocer que esa fidelidad a la vitalidad queda asentada en el diálogo como una posibilidad de autenticación de la realidad. Y esta autenticación pasa por la aparición del habla como “evento del sentido común”. El sentido propio es lo que se fractura y resulta desastroso si está codificado mediante la palabra escrita, pero es el sentido común que se expresa a través del habla el que reclama su momento sincrónico, su momento de expresión que lo vuelve pleno de significado. Señala don Humberto:

El sentido es un evento catastrófico, en cuanto anonada el impulso con que el significante nos conducía a su significado. Lo anonada en cuanto no lleva a otra cosa sino a la nada de ser. A la insignificancia (Giannini, 2007, 119).

En este camino, es el sentido común el que destaca y devuelve el sentido de comunidad que se fuga en la palabra escrita. Lo que nos “acumuna” en la colectividad de sentido común es el tiempo justo, el kairós del que habla el filósofo. Ese lugar común de la sincronía no solo temporal sino que ajustada a las necesidades expresivas plenas de sentido de la experiencia vital compartida es la posibilidad de encontrarse a través del habla no solo en un lenguaje común sino también en una comunidad de experiencias que se expresan en lenguaje hablado y que ponen en circulación las referencias significantes y simbólicas de la comunidad. Pero no solo las referencias sintácticas y lógicas que tan fijadas quedan en la palabra escrita, sino esa dimensión inefable que acerca al habla a la palabra divina.

Es en la comunidad de sentido, con su momento compartido de precisiones y locuciones plenas de significado que se materializan en el habla, y que precisamente porque no pierden su dimensión vital es que ese tiempo compartido no es solo tiempo histórico de permanencia cronológica sino una posibilidad de compartir desde la enunciación la calidad de esa experiencia humana que se da en el diálogo.

Qué sea ‘lo mismo’ y qué sea ese tiempo común, no lo decide una enumeración escrupulosa de las cosas que nos rodean o la mera coincidencia de horario, sino lo que adelantábamos como una ‘situación compartida’ que nos acumuna en un tiempo (Giannini, 2007, 121).

Esto nos permite pensar que esa situación compartida que nos *acumuna* se manifiesta gracias a una conexión con la fuente de lo inefable que se expresa a través del

lenguaje hablado. Esta conexión que reseñamos es la que permite, en Walter Benjamin, la cercanía del lenguaje o del nombre divino en su expresión humana. Esa conexión del tiempo compartido que nos *acumuna*, se debe a una posibilidad ontológica de vinculación con el presente como un espacio de expresión de potencias vitales inefables que sustentan la posibilidad de cualquier sistema simbólico humano. Ese tiempo compartido en su precisión y justa medida, en tanto misterio, es constitutivo de la comunidad y es lo que sostiene la posibilidad de toda expresión comunicativa.

Proponemos que la conexión con la oportunidad del tiempo justo permite evidenciar la importancia para la comunidad de un proyecto compartido que sintetice y a la vez materialice las posibilidades de ese tiempo común. Ese proyecto compartido no necesita ser un decálogo político ni ético que nos muestre el camino que cada pueblo y cada sociedad debe tomar, es más bien una constitución de comunidad que obedezca a las posibilidades de expresión de la originalidad de cada situación compartida. La originalidad es un punto importante en la medida en que las situaciones actúan como desestabilizadoras y transgresoras de la rutina de la cotidianidad. Un proyecto común que se juegue solo en la rutina y en lo instituido a partir de la comunidad política/ciudadana está destinado al fracaso en la medida en que la aparición de lo inefable, que vuelve siempre perentorias la virtualidad de las convenciones habladas y escritas, no esté contemplada en tanto posibilidad desestabilizadora de las propias dimensiones del lenguaje.

Es decir, esa transgresión a la rutina que devela toda la carga afectiva sobre la que descansa la vida social se vuelve un desestabilizador que permite romper la rutina dando lugar a la necesidad de la oportunidad como un ejercicio de conexión con lo inefable y su

vitalidad que de este modo se ve autenticada superando la dimensión pre-escrita de lo considerado “normal”.

EL VITALISMO EN EL LENGUAJE DE GIANNINI

Hay un sentido común que emerge en cada momento histórico y que se encarna en personajes en una dimensión mítica desde la cual se vuelve accesible la lectura de las fuerzas históricas que están en pugna por salir y por tomar una configuración material que no se agota en esta dimensión sino que están en un nivel simbólico, en el cual lo que se trafica es la imposición de un sentido común que a veces se da en sintonía con la altitud de valores tales como la dignidad y a veces se da como una posibilidad original de nadificar el devenir rutina y el sentido común que nos vuelve comunidad. Cuando estas emergencias de las fuerzas históricas se dan en un contexto coyuntural lo que se mide son las imposiciones de poder ante las cuales las puestas en práctica de las máquinas de sentido que sostienen el sí mismo de una comunidad actúan siempre desde la dimensión de dotar a la comunidad de un sentido trascendente encarnado en el mito particular de cada momento histórico, al respecto señala Giannini en *La Razón heroica*:

No, Licón. Un hombre, un hombre auténtico, jamás consentirá en dejar de hacer lo que cree bueno o justo por miedo de algo que, como la muerte, ignora si es un bien o un mal. Ese sí, ciudadanos, ese sí que sería un acto de impiedad (Giannini, 2006, 73/74).

Ese decir que este hombre histórico es capaz de sintonizar con la fuente de lo inefable de cada coyuntura para apropiarse de las demandas históricas que tiene cada comunidad descansa en la posibilidad de objetivación histórica de un mito¹.

Qué papel juega el lenguaje en esta disposición de atraer visibilidad histórica a un mito, es algo que la transacción con lo inefable permite exponer como relato histórico. En ese sentido, el lenguaje es la reconstrucción de un mito y un relato que devuelven a la comunidad el sentido de lo común y de la experiencia compartida que Giannini destaca en términos de constitución de la verdad histórica.

La “forma lógica” del lenguaje es su sintaxis, sus relaciones gramaticales que lo transforman en un intrincado aparato de significaciones a partir del concurso de ciertas relaciones lógicas simbolizables a partir de la sintaxis de lenguaje. Es decir, el lenguaje es una función simbólica que descansa en cierta ordenación que le permite, en tanto fruto de una razón discursiva, constituirse a través de la estructuración lógica de la sintaxis. En otras palabras, no existe lenguaje sin sintaxis aun cuando sí pueda existir una semántica sin lenguaje². Esta predominancia de la sintaxis y la lógica en la formalización simbólica de lo inefable que realiza el lenguaje queda relativizada a partir de la importancia de la palabra hablada en el pensamiento de Giannini. Es decir, ante la imposibilidad lingüística de dar nombre a lo inefable, en ese ejercicio en el que siempre hay un sentido en fuga no dicho ni

¹ El mito, como una forma de concebir no está constituido sobre la base de una representación de un ser ya hecho, “no son meros productos de la fantasía que emanan de una existencia real, empírica, para flotar sobre el mundo real como una niebla, para la consciencia primitiva se presenta como la totalidad del ser/existencia.”, señala Ernst Cassirer en *Lenguaje y Mito* (pg 10). Lo interesante del planteamiento de Cassirer es que, en el caso del pensamiento mítico, no se le quita la legitimidad, al relegarlo al terreno de lo no-lógico y la fantasía, sino que se le otorga un estatuto epistemológico paralelo al de la lógica y el pensamiento científico, solo que a partir de otras coordenadas. La renuncia del pensamiento mítico a la forma de conexión e interpretación lógica científica no es sinónimo de absoluta arbitrariedad y falta de legalidad. El pensamiento mítico está enraizado en un tipo de legalidad propia, señala Cassirer en el artículo *La formación del concepto en el pensamiento mítico*, de 1922.

² En esta reflexión resulta fecundo confrontar las ideas sobre el lenguaje de Susanne Langer.

enunciado en el lenguaje que intenta decir el mito, la forma en que concibe Giannini la posibilidad de la palabra hablada constituida a través del diálogo en el tiempo justo o kairós, permite pensar que la oralidad y el diálogo se acercan a la enunciación del mito de una forma genuina y vital que le está vedado a la palabra escrita.

La comunidad de sentido que evidencia Giannini al plantear su reflexión sobre el lenguaje, estableciendo diferencias entre lo oral y lo escrito y que lo llevan a reflexionar sobre el sentido de la oportunidad y del kairós como tiempo compartido y justo, es lo que queda expuesto en el juicio histórico con carácter de justicia. Lo debido es una imposición irrenunciable enunciada en un lenguaje que descansa en la posibilidad de decir lo inefable a través del mito particular que tarde o temprano se enactúa en el ejercicio de constitución en la comunidad de un imaginario que se tensiona entre las posibilidades del lenguaje y su enunciación en un determinado momento histórico.

El hombre mítico que conecta con la base de lo inefable se configura en el ejercicio de la consolidación de la conexión a través del lenguaje con aquel fondo desde el cual adquiere sentido la vida material. La vida material es lo que permite la tensión del *cuerpo histórico*³ de aquel que ingresa a manipular los sentidos simbólicos de la comunidad. La voluntad de poder que emerge en ese tránsito con lo inefable a través del lenguaje es el sentido del vencedor, es el sentido del que logró imponer en la historia su voluntad en

³ La conexión con la vitalidad de lo inefable se da a través de la encarnación de un “cuerpo histórico” desde el cual el sí mismo viene cimentada sobre la voluntad que determina al cuerpo desde su profundidad, idea que tomamos de Nishida Kitaro y que nos permite darle una mediación a dicha conexión con lo inefable que está a la base del lenguaje y del cual este no logra dar cuenta aunque tenga una dimensión de originalidad. En esta aparición del cuerpo y su constitución histórica a través del vector de la voluntad que nos permite la idea de Kitaro, es importante considerar que ese cuerpo es una construcción histórica que se dio a través de una biografía vivida y que es importante plasmar en una autenticación existencial con la conexión vital que soporta tanto el cuerpo como la pretensión que nombrar lo inefable del lenguaje. “*Nuestro verdadero sí mismo existe como un elemento de este mundo histórico. Lo que yo llamo actuación no solo está referido a la voluntad. Es realizar las cosas en el exterior. (...) Esto ocurre desde la demanda creativa.*” (Kitaro. 2012. 142)

términos del sentido de significación gregaria de la comunidad y que, sin embargo, no se reduce a las posibilidades consolidadas históricamente sino que reserva, desde lo inefable, el remanente de sentido de las posibilidades rebeldes que se mantienen como una constante en el devenir de las comunidades en tanto contrapunto al relato del vencedor.

La comunidad es la que finalmente decide sobre la justicia o sobre la infamia del juicio histórico y eso se da en la situación del kairós o tiempo compartido desde el cual se accede en el lenguaje enunciado oralmente. Por eso es importante el diálogo y la conformación de sentidos comunes a partir de lo que la emoción de cada comunidad aporta para avanzar en la resolución del trauma histórico.

CONCLUSIÓN

Las implicancias sociohistóricas de estas bases gianninianas que parten de la reflexión en torno al papel del lenguaje en la constitución de la comunidad, permiten hilvanar la reflexión que hemos sostenido y con la cual pretendemos aportar a la proyección del pensamiento fecundo de Giannini. Lo acertado o no de nuestra propia reflexión queda sujeta a los énfasis de lectura que la idea de comunidad de sentido que se activa a partir del diálogo en el sentido común a través del tiempo justo o kairós, descansa en una forma de visualizar la comunidad como una entidad dinámica y en permanente construcción donde las posibilidades de interacción de los vectores políticos o éticos son elementos que no pueden ser soslayados. Y esa negociación de sentidos descansa sobre las posibilidades del lenguaje oral de constituir comunidad de sentido y dar cuenta de la oportunidad del tiempo compartido que adquiere una dimensión sociohistórica desde donde es necesario pensar el

flujo histórico de las voluntades en fuga en la dimensión inefable del fondo afectivo sobre el que descansa toda la historia humana.

A partir de estas reflexiones que se iniciaron en el desglose de las diferencias entre el lenguaje oral y el escrito, llegamos al pensamiento más político y ético de Giannini, en ese sentido, la deriva del pensamiento que supuso esta escritura nos llevó a aquellos temas que convocan el interés inmediato de quien enuncia, y que no pueden dejar de ser dichos porque como dice el refrán “todos los caminos conducen a Roma”.

La fecundidad y profundidad del pensamiento de Giannini es un pretexto para relevar su importancia en la base no dicha de las temáticas que lo acompañaron, no dichas porque no se reducen a la enunciación que quedó como legado a través de sus libros sino que son posibilidades de conexión con aquellas *ideas semilla* o *ideas básicas* que conforman el horizonte de cada época. En este sentido, el pensamiento de don Humberto es un excelente ejemplo de cómo puede ser abordada la filosofía como ejercicio de sentido de las comunidades históricas. Creemos haber sintonizado con temáticas propias y a la vez universales que tiene la filosofía de Humberto Giannini.

BIBLIOGRAFÍA

Benjamin, Walter. (1989). Sobre el lenguaje en cuanto tal y sobre el lenguaje del hombre. *Estudios metafísico y de filosofía de la historia*. Obras libro II/vol. 1.. España. Abada Editores

Cassirer, Ernst. (1946) *Language and Myth*. Traducción de Susanne Langer. EE.UU. Dover Edition.

Cassirer, Ernst. (2013). The Form of the Concept in Mythical Thinking (1922). En *The Warburg Years (1919-1933). Essays on Language, Art, Myth, and Technology*. EE.UU. Yale University Press.

Giannini, Humberto. (2007). *La Metafísica Eres Tú*. Chile. Catalonia.

Giannini, Humberto. (2006). *La Razón Heroica. Sócrates y el Oráculo de Delfos*. Chile. Catalonia.

Kitaro, Nishida. (2012). *Place & Dialectic. Two Essays by Nishida Kitaro*. EE.UU. Oxford University Press.